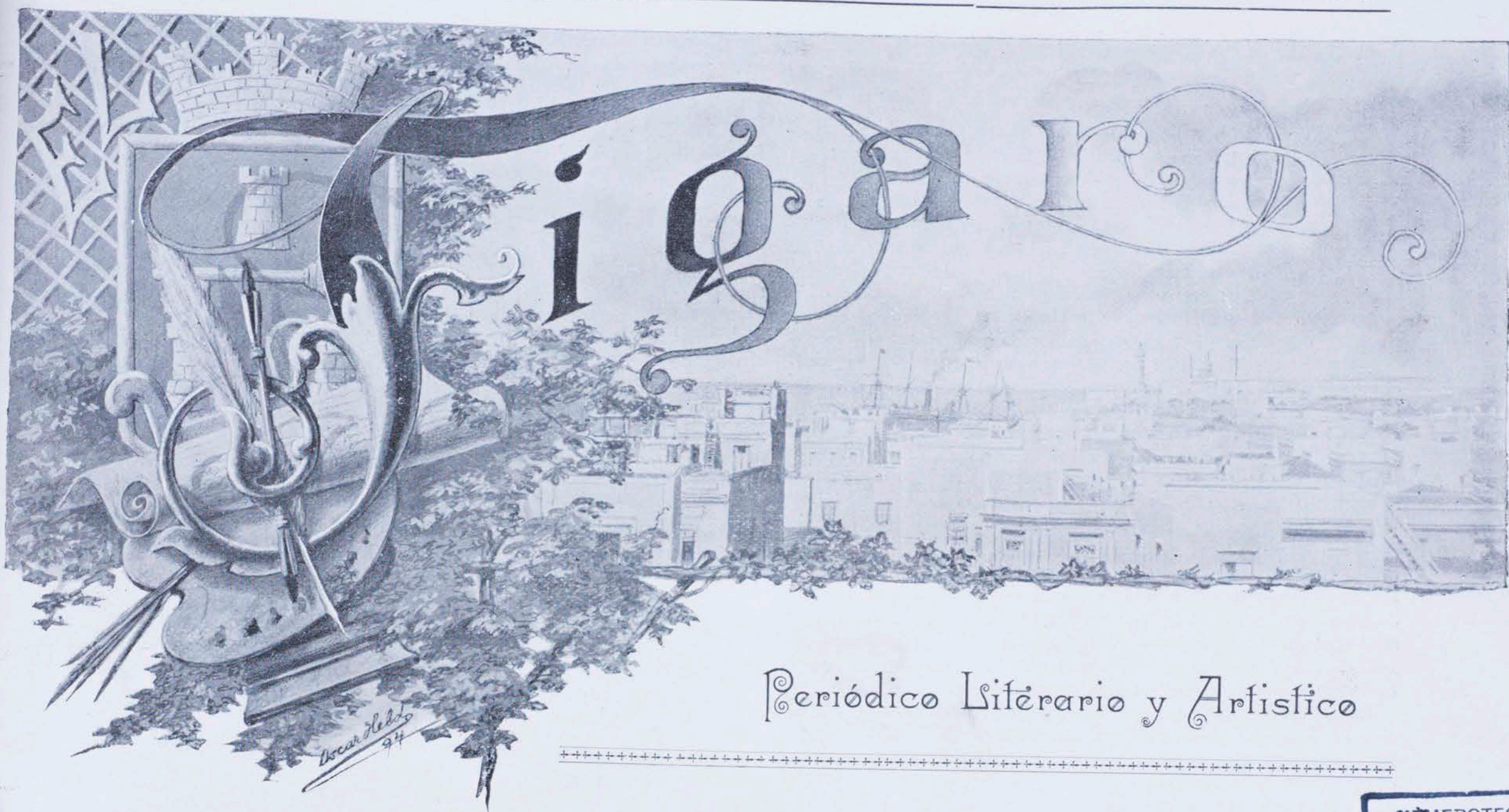




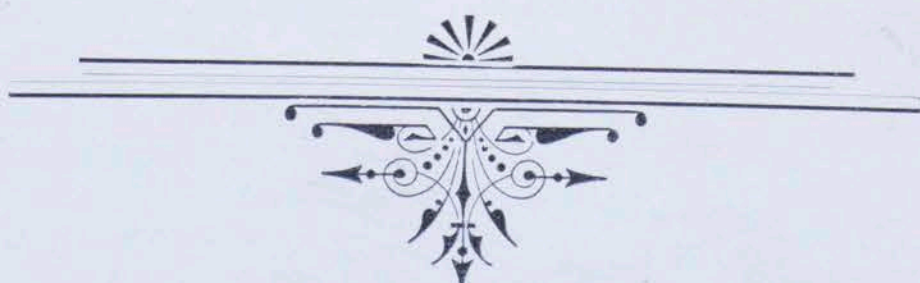
HÉMEROTECA
RESERVA



EL GENERAL CALLEJA Y SUS AYUDANTES

Fotografía de los señores Otero y Colomina.

81



Las poesías de los Borrero



El libro que acaba de publicarse con el sugestivo título de "Grupo de Familia", y que contiene poesías de los dos Esteban, de Manuel y Juanita Borrero, tendrá muchos lectores, sobre todo en Puerto Príncipe. De seguro no tendrá ninguno como yo. Otros verán con deleite esta manifestación singular del talento poético, transmitido, como herencia de joya preciosa, de padres á hijos; quebrándose, como un solo rayo de luz, en superficies diversamente pulimentadas, que los repercuten y refractan en irisaciones diversas. Pero otros no sentirán, como yo, revivir á su lectura una vida entera, con sus emociones más íntimas, con la vibración de los sentimientos más profundos, con la evocación de las imágenes esfumadas en las lejanías de lo pasado y la fosforescencia de las primeras ideas que se fueron elevando en el horizonte mental.

No hay una página en este libro que no tenga significación especial para mí. O han vivido en mi recuerdo con el relieve de las impresiones infantiles. O han crecido á mi vista, al calor de afectos que me han sido comunes con su autor, á la luz de ideas elaboradas á la par en nuestro espíritu. O me han sido comunicadas, apenas se desprendían, como pétalos caedizos, de la inteligencia en capullo de la niña autora, cuyos pasos en la vida se habían dado todos ante mis ojos.

La colaboración de mi simpatía en casi todos estos versos ha sido tan grande, que si pudiera ocurrírseme la extraña idea de hablar de ellos con espíritu crítico, me parecería algo así como el propósito de un cirujano que quisiera disecar su propio corazón. Aún el registrar aquí, en estas líneas escritas para los indiferentes, todos los estremecimientos de mi alma, al leerlos reunidos, de una sola vez, me costaría el esfuerzo del que ha de confesar á un extraño ciertos delicados matices de sensibilidad, que gustan de reservarse para los ojos simpáticos del amigo.

Desde niño sabía yo de memoria los versos de Esteban de Jesús Borrero. Después de los de la Avellaneda y antes que los de Heredia, hicieron vibrar en mi espíritu la cuerda poética. Pero tenían para mí encanto más dulce, resonaban más cerca, eran como voz familiar en la casa, como voz que habla de asuntos íntimos y cuenta las historias sabidas; su tono ya conocido, cual música sin palabras, bastaba para arrullar mi corazón, que palpitaba queriendo descifrar las vagas promesas de la vida. Apenas adolescente, dirigí al autor una epístola entusiasta, que el poeta agradeció y no contestó.

Por entonces conocí á sus hijos, primero á Manuel, luego, poco después, á Esteban. Manuel, algo más joven que yo, se apegó mucho á mí; pero en su espíritu fogoso chocaban muchas corrientes encontradas; ideas y afectos flotaban breve tiempo en la cúspide del torbellino, y luego se sepultaban; para reaparecer quizás, y sumergirse de nuevo.

Esteban, mi igual en edad é inclinaciones, fué al principio menos efusivo; pero poco á poco fueron soldándose entre nosotros los eslabones de una amistad, que el tiempo no ha hecho más que acendrar y solidificar. Nuestra vida ha corrido desde entonces por cauces paralelos y tan próximos, que nos ha sido siempre fácil poner en común lo más noble y depurado de nuestro espíritu, como la mejor ofrenda á nuestro afecto. Quizás no he sido yo extraño al desarrollo de las facultades artísticas de Esteban; pero puedo asegurar que fué él quien despertó en mí la curiosidad sostenida que me ha hecho aventurar por diversos campos de la investigación.

Cuando empezamos á tratarnos mi educación había sido más regular y metódica que la suya, pero también más rutinaria y en el fondo meramente verbal. Aquel joven, que había recogido de aquí y allí sus primeras nociones, en libros que el acaso había puesto en sus manos, pero sobre todo en la comunicación inmediata con la naturaleza, que lo fascinaba sin desconcertarlo, y lo llamaba no al éxtasis sino á la investigación, trastornó por completo mis ideas respecto á la manera de estudiar y abrió horizontes nuevos á mis deseos de saber.

Más tarde le debí algo que vale mucho más. En la época luctuosa, de que data nuestra intimidad, hería y desconcertaba á cada paso mi espíritu inexperto la contemplación de las miserias morales que nos rodeaban, las prevaricaciones de la inteligencia ó la voluntad, la degradación paulatina de los sen-

timientos, todo lo triste y abyecto que sale á la superficie, cuando se agitan convulsas las sociedades. Pero tenía en él ante mis ojos un espectáculo de tan diverso orden, que bastaba para afirmar y serenar mi ánimo. Permaneció el suyo tan íntegro al embate de la adversidad, lo vi luchar tan sereno, sacrificarse tan generoso, y elevarse tan seguro de sí mismo, que de una vez para siempre logré aprender que existen también la nobleza y la magnanimidad, y son fuerzas no menos eficaces que sus contrarias en el orden moral.

Si pudiera considerarme extraño al círculo de su casa, diría que fuí yo el primero, fuera de él, que conocí los versos de Juanita, todavía niña. Me maravillaron. Mas me era fácil darme cuenta de las influencias de todo orden, físicas y mentales, que concurrían para producir tan bello caso de precocidad artística. Y no podía dudar que ese talento temprano sería de los que llegan á madurez. Las felices muestras de independencia de gusto y de seguridad de *factura*, que ha dado después, prueban que no me engañaba. Esas poesías, donde vive, en otra forma, un espíritu que me es tan caro, son delicioso regalo para mis arraigadas aficiones poéticas. Por eso mismo me contento con saborearlas, y nunca he pretendido juzgarlas.

Ahora ya sabe el lector por qué he hablado tan poco de las poesías de los Borrero y tanto de sus autores.

ENRIQUE JOSÉ VARONA

La multitud

¡Maldita sea la multitud, maldita!
Es ella quien al pie de los balcones
ruge como en la selva los leones
ó como el fiero mar cuando se irrita.

Bulle allá en su interior, bulle y palpita
el germen de las miserias pasiones;
en blasfemias convierte sus canciones
y sólo por herir corre y se agita.

Es cínica y brutal su carcajada
y si cruza su frente alguna idea
retrocede al instante avergonzada.

¡Esa es la multitud! ¡Maldita sea!
Porque ni sabe sostener la espada
ni arrancarse del hombro la librea.

1895.

B. BYRNE.

Nuestro Director

EN EL ATENEO DE MADRID

DOS cablegramas sucesivos, según habrán visto nuestros lectores, nos han dado á conocer los dos triunfos alcanzados en el Ateneo de Madrid por nuestro muy querido Director, el inspirado poeta y donoso escritor Manuel S. Pichardo. No hacía mucho que en ese mismo recinto la palabra autorizada del Sr. Moret había hecho el más brillante elogio de la cultura cubana, poniendo de relieve sus rasgos característicos y mostrando el alma de ella en los cantos, que recitó, de los mejores poetas de la Antilla. Ante el público, pues, así preparado del Ateneo, ha tenido el Sr. Pichardo el honor de presentarse con éxito felicísimo, según los cablegramas y según era de esperarse, sobre todo, de sus altas condiciones de poeta y literato y hasta de su simpática figura juvenil. No tenemos, naturalmente, detalles todavía de estas dos veladas en que nuestro Director se ha hecho aplaudir con tal entusiasmo como disertante culto, fácil y elocuente y como poeta de vuelo, brillante y apasionado, correcto y armonioso. Pero sí sabíamos, por cartas, que él había de proporcionar á los madrileños esa fiesta, cediendo á las reiteradas instancias de sus amigos y muy especialmente á las del benemérito Sr. Labra, que parece que quería con un ejemplo práctico comprobar á los ojos de aquella sociedad las generosas aseveraciones anteriores del Sr. Moret.

Pronto nos llegarán los pormenores de tan interesantes veladas, y EL FÍGARO al punto los dará á conocer á sus lectores. Hoy nos ceñimos, al leer la lacónica pero expresiva noticia dada por el corresponsal telegráfico de "La Lucha," á felicitar al señor Pichardo y á las letras cubanas por los aplausos recibidos en Madrid, y á felicitarnos también á nosotros mismos por haber sido nuestro Director quien ha tenido la fortuna de alcanzar tan envidiable triunfo.



* La Actualidad *

La nota saliente del periodismo en la presente época, es la información. Lo mismo en los periódicos diarios que en semanarios y revistas, exige el público, ya detallada, ya englobada, la relación, el resumen siquiera de los acontecimientos, sucesos, ocurrencias, en una palabra, *de lo que pasa*. Tal parece que no hay quien pueda vivir hoy sin estar enterado de todo, sin saberlo todo; se siente la necesidad de formar juicio, de dar cada cual su opinión discreta ó disparatada de lo que ocurre, no en un país determinado, en el país donde se vive, por ejemplo, sino en el mundo entero.

Son, pues, las noticias un alimento, la información una necesidad; no puede periódico alguno de la época moderna, vivir sin ofrecer aquel alimento, sin satisfacer esta necesidad.

El FIGARO no ha podido menos que responder á este movimiento de la opinión y dentro de los elementos que ha tenido á su alcance, ha ofrecido lo más perfecto que le ha sido dable, información ilustrada de aquellos sucesos que han preocupado la atención pública.

Siguiendo este propósito, hoy ofrecemos en nuestras columnas retratos del ilustre general Calleja, á cuya sabia política, prudente y enérgica al par, se debe que haya renacido en todos los espíritus la confianza desde los primeros momentos; los de los bravos y pundonorosos jefes de nuestro ejército que dirijen los movimientos contra los insurgentes; los de los respetables Sres. Herminio Leiva, Marcos García, Spotorno y José Jerez, cuyos excepcionales esfuerzos por convencer á los revoltosos y hacerles deponer las armas, son tan plausibles como meritorios. Vistas de algunos lugares en que se desarrollan los sucesos; y retratos de algunos de los sublevados y agitadores, cuyos nombres han sonado como jefes ó como instigadores.

Continuaremos en lo adelante presentando á nuestros lectores la información ilustrada de todos aquellos sucesos que nos parezcan dignos de ser conocidos, para cuyo servicio contamos con hábiles y activos fotógrafos y dibujantes.



Fotografía de Cohnner

EXCMO. SR. D. JOSÉ LACHAMBRE Y DOMÍNGUEZ, COMANDANTE GENERAL
SANTIAGO DE CUBA.

La muerte sobre el campo de batalla

Praskukin había llegado en compañía de Mikhailov á un sitio menos peligroso, y empezaba á volver en sí, cuando vió brillar detrás de él un repentino relámpago, y oyó gritar al centinela:

—Bom—ba!

Y á uno de los soldados que venían detrás, añadir:

—Va á llegar justamente al bastión.

Mikhailov miró. El punto brillante de la bomba parecía haberse detenido en su zenit, precisamente en el momento en que era imposible adivinar la dirección que iba á seguir. Pero aquello no duró más que un momento: la bomba, cada vez más rápida, se iba aproximando más y más. Ya se veían volar las chispas de la mecha y se oía el silbido fatal: precisamente venía á caer en medio del batallón.

—¡Echate!—gritó uno.



EXCMO. SR. D. EMILIO MURUAGA, MINISTRO
PLENIPOTENCIARIO DE ESPAÑA EN WASHINGTON.



Fotografía de Suárez.

FIDEL A. DE SANTOSCILDES,
CORONEL DEL REGIMIENTO DE ISABEL LA CATÓLICA.

Mikhailov y Praskukin se echaron al suelo. El segundo cerró los ojos, y oyó que la bomba chocaba en una parte, muy cerca de él, con la tierra dura. Transcurrió un segundo que le pareció una hora y la bomba no estallaba. Praskukin tuvo miedo; pero tal vez se asustaba sin motivo; tal vez había caído más lejos, y se imaginaba falsamente que oía chisporrotear la mecha junto á sí. Abrió los párpados y vió con satisfacción á Mikhailov echado en tierra á sus pies; pero á cosa de una archina de distancia, sus ojos se encontraron por un momento con la mecha encendida de la bomba que daba vueltas.



Fotografía de Suárez

EL CORONEL MERÁS, GOBERNADOR DE LA FORTALEZA DE LA CABAÑA.

Un terror glacial que mataba toda idea y todo sentimiento, se apoderó de su ser, y tuvo que taparse la cara con las dos manos.

Transcurrió otro segundo, un segundo durante el cual pasó por su imaginación todo un mundo de pensamientos, de esperanzas, de sensaciones y de recuerdos.

—¿A quién matará? ¿A mí ó á Mikhailov, ó á los dos á un tiempo? Y si es á mí, ¿dónde me herirá? Si me da en la cabeza, hemos concluido; y si en el pie, me lo amputarán... En tal caso pediré que me den sin remedio cloroformo, y podré quedar con vida. Y quizás mate sólo á Mikhailov, y entonces contaré yo cómo íbamos juntos, cómo murió, cómo me salpicó su sangre. ¡No, está más cerca de mí! ¿A mí va á ser!

En aquel momento se acordó de los doce rublos que debía todavía á Mikhailov, y de otra cuenta de Petersburgo que hacía tiempo debía haber pagado; vino a la memoria un aire tzigano que cantaba la víspera. Se le apareció la mujer amada, con una toca de cintas color de lila, y también el hombre que le había ofendido cinco años antes y de quien no se había vengado; pero en medio de estos recuerdos y otros mil, la conciencia del presente y la espera de la muerte no lo abandonaba un instante; “Por otra parte, pensó, quizá no estalle!” y estuvo tentado á abrir los ojos con una audacia desesperada; pero en aquel instante, á través de sus párpados aún cerrados, hirió sus pupilas un rojo resplandor; una cosa le empujó con espantoso estrépito en medio del pecho; lanzóse corriendo á la ventana, se enredó los pies en el sable, tropezó y cayó sobre el costado.

—¡Alabado sea Dios! ¡No tengo más que una contusión!

Esto fué lo primero que se le ocurrió.

Quiso tocarse el pecho, pero tenía las manos atadas y un tornillo le apretaba el cráneo. Delante de él corrían varios soldados que contaba maquinalmente.

“Uno, dos, tres soldados, y ahora un oficial con el capote remangado.”

Luego un relámpago le deslumbró y pensó: “¿Con qué han tirado? ¿Con mortero ó con cañón? Con cañón sin duda.”

Otra vez tiran, y otra vez pasan soldados: cinco, seis, siete soldados. Seguían pasando, y de repente le dió un temor horrible de que le aplastaran. Quiso gritar, decir que estaba contuso; pero su boca estaba seca, la lengua se le pegaba al paladar, tenía una sed ardiente, sentía mojado el pecho, la sensación de esta humedad le hacía pensar en el agua, y hubiera querido beberse lo que le mojaba.

“Me habré herido y me habré hecho sangre al caer”, pensaba y cada vez más espantado ante la idea de ser aplastado por los fugitivos que seguían desfilando ante él, reunió sus fuerzas y quiso gritar:

“¡Cogedme!”

Pero en lugar de esto, lanzó un quejido tan espantoso, que él mismo se asustó de oírse. En seguida vió danzar ante sus ojos chispas rojas, y le parecía que los soldados amontonaban piedras sobre su cuerpo.

Luego las chispas danzaron más lentamente, las piedras amontonadas sobre él le fueron sofocando más y más, hizo un supremo esfuerzo para apartarlas, se estiró y no vió más, ni oyó más, ni pensó más, ni sintió más. Había quedado muerto en el sitio, herido en mitad del pecho por un casco de bomba.

Mikhailov, al ver la bomba se había echado al suelo como Praskukin. También por su imaginación habían pasado un número incalculable de pensamientos durante los dos segundos que tardó en estallar la bomba. En tanto rogaba á Dios mentalmente, diciendo:

“¡Hágase tu voluntad!”

Y al mismo tiempo pensaba:

“Y yo que pasé á infantería para hacer esta guerra; ¿Por qué no me habré quedado en el regimiento de hulanos en el Gobierno de T... al lado de mi amada Natacha? Y no que ahora, he aquí lo que me espera.”

Púsose á contar: uno, dos, tres, cuatro, diciéndose que si la bomba estaba en número par, él quedaría con vida, y si en impar, le mataría.

—“¡Todo acabó! ¡Muerto soy!” pensó al oír la explosión, sin acordarse si había ocurrido en número par ó impar, y sintió en la cabeza un choque y un dolor atroces.

—“Señor, perdonadme mis pecados!” murmuró cruzando las manos.

Luego se levantó, pero cayó boca arriba, desmayado.

Lo primero que sintió al volver en sí, fué la sangre que le corría por la nariz; el dolor de la cabeza era mucho menos fuerte.

Es el alma que se va: ¿qué habrá allá abajo? ¡Dios mío, recibid mi alma en paz!... “Es singular, sin embargo, reflexionaba; me estoy muriendo y oigo claramente los pasos de los soldados y el ruido de la fusilería.”

—“¡Aquí una camilla! ¡Eh! ¡El jefe de la compañía está muerto!” gritó por cima de él una voz que conoció, la del tambor Ignatiev.

Uno le levantó por los hombros. Abrió trabajosamente los ojos y vió sobre su cabeza el cielo de un azul oscuro, grupos de estrellas y dos bombas que volaban por encima de su cuerpo como si trataran de reunirse la una con la otra: vió á Ignatiev, á los soldados cargados con las camillas y los fusiles, el talud, las trincheras, y de repente tuvo la certidumbre de estar aún vivo.

Una piedra le había herido ligeramente en la cabeza. Su primera impresión fué casi de pesar. Se había encontrado tan bien, tan tranquilamente al ir á pasar á la otra banda, que al volver á la realidad, la vista de las bombas, de las trincheras y de la sangre le fueron desagradables. La segunda impresión fué una alegría inconsciente de sentirse con vida, y la tercera, alejarse cuanto antes del bastión. El tambor vendió la cabeza de su comandante, y le llevó á la ambulancia sosteniéndole por debajo del brazo.

Centenares de cuerpos, recientemente ensangrentados, y á los que dos horas antes agitaban diversos deseos, esperanzas sublimes ó mezquinas, yacían con los miembros rígidos en el valle florido y bañado de rocío que separaba el bastión de la trinchera, ó sobre el terso pavimento de la capilla de los muertos en Sebastopol. Centenares de hombres, con maldiciones ó ruegos sobre sus labios secos, se arrastraban, se retorcian y se lamentaban, unos abandonados entre los cadáveres del florido valle, otros sobre las camillas, las camas ó el suelo húmedo de la ambulancia.

Y á pesar de esto, el cielo, como en días anteriores, se iluminaba con los resplandores de la aurora por cima del monte Sapun; las rutilantes estrellas empezaban á palidecer, y una niebla blanquecina se elevaba sobre el mar sombrío y ruidoso. La púrpura de la aurora enrojecía el Oriente; largas nubes encendidas volaban por el horizonte, de un azul claro, y como en los días precedentes, el globo magnífico y poderoso del sol seguía subiendo por los cielos, prometiendo la alegría, el amor y la dicha á la tierra reanimada.

LEON TOLSTOY

(Ruso)



EL GENERAL SALCEDO Y UNO DE SUS AYUDANTES

D. Herminio Leyva y Aguilera

Reputado ingeniero y vocal de la Junta Central del Partido Autonomista. Uno de los hombres que han prestado mayores servicios á la causa del orden y de las libertades de su país.

Fué comisionado el año de 1879 por el General Blanco y por su partido para pacificar á Oriente cuando estalló la *Guerra Chiquita*, promovida por don Calixto García.



Fotografía de Maceo.

Comisionado asimismo en las actuales circunstancias para conferenciar con los Jefes sublevados en la expresada región, mereciendo la confianza del Gobierno y aplausos calurosos del ilustre Jefe del Partido Autonomista.

De cuna humilde ha conquistado un puesto distinguido en la sociedad cubana, merced á sus propios esfuerzos y á la conducta intachable que ha observado en todos los actos de su vida.

Apesar de tan honrosos antecedentes ocupa hoy, en la Administración de su país, el puesto modestísimo de Jefe de Negociado de 3a clase, mereciendo mucho más, como merece la consideración y aprecio de sus conciudadanos.

Nació en Gibara, provincia de Santiago de Cuba el 6 de Abril del 36



D. José Jerez

También á este distinguido amigo nuestro se le deben esfuerzos muy notables en beneficio de la paz. Comisionado para atraer al terreno de la legalidad á cuantos fuesen todavía susceptibles de escuchar la serena voz de la razón, partió al campo, penetró entre los alzados en armas, y con esa palabra suya que todos conocemos por lo sincera é inflamada, por lo persuasiva y arrebatadora, logró el brillante triunfo de que unos cuantos depusieran la actitud hostil y se presentasen á las Autoridades. Nuestra sociedad aplaudió la conducta del Sr. Jerez y su buena fortuna, reconociendo que había contribuido eficazmente á la pacificación de la provincia de Matanzas.



Fotografía de Maceo.



D. Juan Bautista Spotorno

Apesar de su edad avanzada hay pocos hombres que le igualen en energía y entereza.

Fué como Marcos García uno de los Jefes conspicuos de la revolución del 68, en la cual llegó á ser uno de los presidentes que tuvo la llamada República Cubana.

Capitulado en el Zanjón, su conducta posterior puede servir de modelo como hombre de principios rectos y de honrado proceder en sus compromisos políticos.

Por invitación del Sr. Leyva, conferenció con el Sr. Massó en la finca "La odiosa," el día 7 de Marzo del presente año, al objeto de disuadirlo de su loco empeño, en cuyo acto y por efecto de su actitud enérgica, estuvo en peligro su vida en aquellos momentos.



Fotografía de Maceo.

D. Marcos García

Ah! No se puede condensar en pocas palabras lo que representa ese nombre ilustre en los anales de la historia de Cuba.

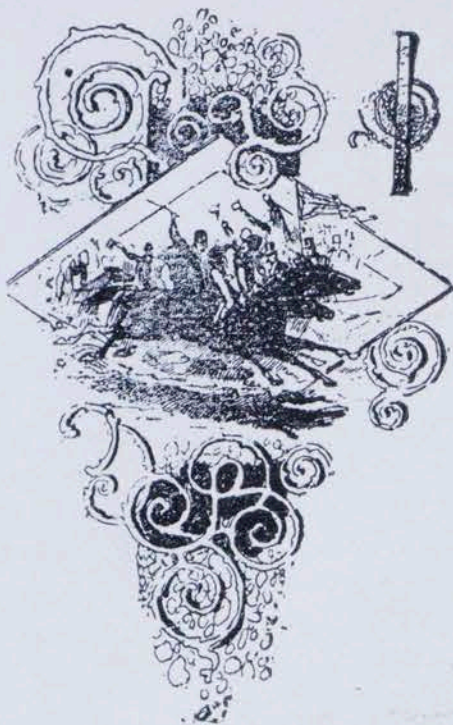
Abogado de nota, orador notable y fogoso, nació en Sancti-Spiritus; fué uno de los Jefes más prestigiosos de la guerra iniciada en Yara en 1868.

Capitulado del Zanjón, ha mantenido constante y honrosamente los compromisos que contrajo en aquella fecha memorable. Ingresó en el partido autonomista á raíz de su creación, prestandole desde entonces valiosísimos servicios.

Es actualmente, y por segunda vez, Alcalde Municipal de Sancti-Spiritus, donde ejerce influencia tan patriótica como paternal.

En las actuales circunstancias fué llamado por el Sr. Leyva para que le ayudara en su misión pacificadora: no le fué posible asistir porque consideró necesaria su presencia en el término municipal que tan acertadamente gobierna.

¡He ahí el hombre!



¡QUIETO, audaz, el pueblo, ese pueblo de quien dice Schopenhauer que se mostraría tal cual es si se suspendiera durante veinticuatro horas la acción de las leyes; el pueblo hace subir hasta los balcones del Pretorio sus aullidos de fiera hambrienta. Tiene hambre de carne palpitante; tiene sed de sangre, rabiosa sed que se traduce en horribles gritos, en juramentos y en palabras soeces, en ademanes de loco ó de epiléptico.

Es un vasto mar de cabezas la inmensa plaza, mar cuyas oleadas van á romperse contra los muros de la casa de gobierno; mar con momentos de calma y

de frenesí, cual si fuera azotado por una tormenta. De allí, de aquel abismo de odios ciegos, de sanguinarios rencores contra la inocencia, se eleva un grito modulado por cien labios contraídos, escapado de cien gargantas que anuda la ira.

—¡Muerte! ¡muerte!...

—¡Su sangre! ¡queremos su sangre!...

El rugido penetra por los altos ventanales y va á encontrar á Poncio Pilatos en la silla presidencial del Pretorio. ¡Oh; aquel motín es cosa muy grave!... puede muy bien ser el comienzo de una revolución. La mirada de Herodes, la atención suspicaz de los pontífices están fijas en el Gobernador de la Baja Judea. ¡Qué!... tal vez el mismo emperador Tiberio observa la conducta de su representante en Jerusalén.

El pueblo, la fiera quiere sangre: es preciso arrojarle su presa... Es un inocente, cierto; es un hombre superior; es un simbolista que no amenaza á los tronos de la tierra y cuyo reinado no es de este mundo; pero, no obstante: se titula *Rey de los Judíos*, mueve á voluntad las masas, puede en un momento dado arrojar sobre Judea todos los pueblos, desde la Palestina hasta el Egipto... ¡Tiene que morir!... es preciso que muera: todo se conjura contra él... ¡si hasta aquella tempestad que ruje bajo los balcones de palacio parece obra de los rabinos... sí, sí, aquello viene del Templo, aquello obedece á secretas instrucciones de Anás y de Caifás. No cabe la incertidumbre: se le ha elegido á él, al gobernador Poncio Pilatos, como mano que ejecute el crimen inicuo.

Pilatos siente en su interior, ahogando los gritos de su conciencia, los clamores de su cobardía. ¡Que te pierdes! no procures siquiera contrariar esa voluntad superior que mueve el populacho. Herodes, cuyas relaciones contigo no son muy cordiales, te desconceptuará ante el imperio; Anás y Caifás te crearán tibio en la observancia de la ley: te harás sospechoso; serás desterrado... tu porvenir se hundirá en el abismo del olvido. Aun ¡quién sabe! si te empeñas en contrariar los instintos sanguinarios de esa fiera que ruje amenazadora, no será difícil que ponga el apetito en ti y te convierta en presa de sus garras y de sus dientes.

El dilema era cruel. Poncio Pilatos, sin embargo, procuró encontrar un recurso para salvar á aquel hombre. Dió largas al proceso; hizo ir á Jesús de Anás á Caifás, de Caifás á Herodes; pero toda aquella odisea procesal se efectuó en vano. Su talento le gritaba que en las altas esferas había sido condenado á muerte el judío. Siempre tornaba á él; era necesario sentenciar.

Aun tentó un vado. Hizo azotar cruelmente al Apóstol, rodeó sus sienes de una corona de espinas, cubrió su cuerpo con una púrpura estropeada, colocó en su diestra la caña, cetro burlesco de su fatal reinado, y luego lo llevó á aquel balcón, escollo en que se rompía la cólera popular en su paroxismo.

—¡Ecce-Homo!—clamó, tratando de cubrir con su voz el aullido salvaje de aquel cubil en celo.

¡Hé aquí el hombre!... Ahí le tenéis castigado por su audacia, herido en lo más íntimo de las almas superiores: en su amor propio, en su dignidad. Ahí está el *Rey de los Judíos*, tratado como un imbécil, como un loco inofensivo: él, tan casto y recogido, enseña las carnes sangrientas por cada rasgón de la túnica; altivo y acostumbrado á dominar con la fuerza de su hermosura, de su talento y de su irresistible palabra, lleva una soga al cuello, símbolo de servidumbre y de dominio...

Era para enternecer todos los corazones, pero las fieras no tienen corazón.

—¡Tole!—¡tole!...

Quítalo de ahí; no nos basta con eso; hace falta su muerte infamante—gritaba beoda la multitud bárbara y sanguinaria.

—¡Crucifícale! ¡crucifícale!...

Sí, estaba echada la suerte del judío. Aquellos gritos hablaban elocuentemente á Pilatos. Jesús tenía que morir: sólo se esperaba la sentencia del gobernador de Judea. Pilatos, desesperado, les propuso entonces condenar á Barrabás, temible bandido sobre el cual pesaban innumerables crímenes y dejar en libertad al Nazareno.

—¡No! ¡no! que se ponga en libertad al facineroso! ¡Queremos llevarlo en triunfo! ¡Muera el *Rey de los Judíos*!... ¡Muera!

Pilatos miró un instante con rabioso desprecio á aquel pueblo vil que rechazaba la redención de las conciencias; luego se lavó las manos en alto, allí en aquel balcón, para que fuera patente, no su inocencia, sino su cobardía.

—¡Caiga sobre vosotros,—dijo—la sangre de este inocente!...

Y aulló la multitud.

—¡Sí! ¡sobre nosotros y sobre nuestros hijos!

La eterna historia de las multitudes; ¿quién no ha visto alguna vez el pueblo convertido en tigre carnívoros pidiendo á gritos la sangre de un inocente? ¡Hé ahí el hombre!...

1895.

ALVARO DE LA IGLESIA.



LA TRANSGRESIÓN

...NOS AMAMOS UNOS A OTROS. COMO

CUADRO DE H. DANGER. PINTADO

• Jesús . en . la . Cruz •

SONETO

¡Perdónales, Señor! dijiste un día
En el madero de la cruz pendiente,
Cuando tu pura y sacrosanta frente
Del velo de la muerte se cubría!
¡Perdónalos, Señor! y en tu agonía
Mustia la faz y el labio balbuciente,
De tu sublime caridad la fuente
Agotar tu verdugo no podía!
¡Oh! graba en mí, Señor de tierra y cielo,
Ese recuerdo de tu amor profundo
Con que salvastes al ingrato suelo!
Y si yo alguna vez siento iracundo
Arder mi corazón, truequese en hielo
Ante el puñal con que me hiera el mundo!

MERCED V. MENDOZA.

• La . predicción •

Para "EL FIGARO"

"¡Hossanna! ¡Hossanna!" A júbilo sin freno
se entrega de Judá la grey maldita,
y cual las olas de la mar, se agita
en torno del humilde Nazareno.
"¡Ave, Rex Judeourum!" como un trueno
así prorrumpe la ciudad precita,
y alfombrando al divino belemita
va con palmas y flores el terreno.
Al escuchar el discordante coro
el hijo de Jehová á los cielos mira,
y al penetrar el insondable arcano,
anegada la faz en triste lloro,
clama: . . . ¡¡Jerusalén, gime y suspira:
que tu instante postrero está cercano!!

Habana, Abril 3—1895.

AVELINO MURES.

La amada del poeta

—♦ ODA ♦—

Podrá mí pobre lira
con estro blando y amoroso acento,
cantar á la que inspira
con dulce sentimiento
al bardo que de amor recibe aliento?

Oh!, si me fuera dado
de Safo y de Corina el plectro de oro,
al acento inspirado
de mi laúd sonoro,
vinieran á formar las Musas coro!

Y así tal vez podría
consagrar en loor de la belleza,
dulcísima armonía
de sublime grandeza,
mi numen elevando hasta la alteza.

¡Oh, gentil primavera!
De hermosa juventud, dame las flores
que más Amor venera;
las de castos olores;
las que copian del alba los colores.

Dame la del ejido,
do vierte el verde Mayo la alegría,
de su seno florido,
con las que yo solía
un tiempo coronar la lira mía!

La tímida violeta,
el blanco lirio y nacarada rosa
dame para el poeta
que guirnalda olorosa
ceñir quiere á la frente de una hermosa.

Y de mi lira en tanto,
se escucharán los acordados sonos,
celebrando mi canto
las dulces vibraciones
de dos tiernos y amantes corazones.

LOLA RODRÍGUEZ DE TIÓ.

• • Madrileñas • •

LA CERVECERIA SUIZA

En medio de ese mundo de hoteles, restaurants, cafés y de más centros donde los madrileños encuentran motivos para holgar, existe una célebre cervecería que ha sido y es refugio de muchos escritores, poetas, artistas, actores y jóvenes de buen humor. á quienes les trae muy sin cuidado el odio de la Asociación de Padres de familia.

De este café soy uno de los más asiduos parroquianos, ó mejor, he llegado á ser un camarada entre estos señores que vienen de dos á tres de la tarde á departir familiarmente de sucesos lite-



HEARST PUBLICATION

MANDAMIENTO
A MANDADO (SAN JUAN, EP. I. CAP. III. V. 23)
SOCIACIÓN TITULADA "LIGA DE LA PAZ"

rarios, políticos, teatrales, etcétera, etcétera. allá en los últimos divanes del rincón de la derecha. Si me preguntaran por qué vengo á diario no sabría contestar, pues mirándolo despacio no es toda gente alegre la que aquí se reúne, ni el café que nos dan es cosa de saborearlo con placer, ni todos son amigos míos. Esto, no obstante la broma, es aquí moneda corriente y la Cervecería puede decirse que es un consuelo para los tristes ó un lugar de salvamento para las crisis intelectuales y para las del bolsillo á veces.

Pedro el camarero, no me dejará mentir. Se ha dado el caso de salirnos de allí sin pagar, por distracción ó porque dejamos el portamoneda en casa.

Ya todo el mundo respeta aquellos sitios del rincón, donde se charla, hasta por los codos, se grita, se ríe y se fuma que es una barbaridad. Se le pasan á uno las horas muertas oyendo á Luis Taboada, el gran risueño, que á menudo lleva la voz cantante en el famoso congresito. Van llegando en grupos de dos á tres ó uno á uno muy calladitos primero: de estos "calladitos" es Francos Rodríguez ex-director de *La Justicia* y autor de un drama muy aplaudido: Francos Rodríguez es concejal, republicano, pasea en coche con el Alcalde y escribe perrerías contra el Gobierno en el número de la noche. Luis Valdés es hombre serio y no hace chistes, porque es candidato para la Academia. Angel Pons (nuestro artista) tampoco habla, pero á días se suelta... y hay que llamarlo al orden. Joaquín Dicenta es el alborotador por excelencia; se le oye desde la Puerta del Sol y como siempre está en escena le apellidamos por el título de su drama: *Luciano*. Alejandro Lerroux, es un elegante chico director de *El País*: Alejandro para ser director completo y estar en carácter cuando triunfe la República (?) en España acaba de casarse, creo que es lo mejor que ha hecho en toda su vida. Eduardo de Lustonó, que se parece á Castelar, no le da el naipe por los discursos sino por las recitaciones de los autores antiguos; y D. Manuel Quesada, un ilustre cesante, gran comentarista y padre de diez y ocho años...

Son estos los que pueden llamarse *del uso*; los de todos los días; los primeros que hablan y discuten sin entablar polémicas apasionadas. Se disparan sátiras, se comentan, entre explosiones de risa, los sucesos de la noche anterior, se censura acertadamente al Ministerio, se aplaude la acción de un hombre probo, se remueven las sesiones del Congreso, y para el asunto más



JAMES A. CROSSMAN
CAPITÁN DEL VAPOR AMERICANO "ALIANZA"

trivial se poseen todos los matices, todos los tonos y todas las armas del epigrama culto y chispeante. En este círculo van del brazo las letras, la ciencia, el arte y la política y no riñen de veras nunca; la agudeza sustituye al concepto; el ingenio á la severidad de la razón y á la lógica contundente la frase flexible, amable, ligera y como cubierta de flores.



EL VAPOR AMERICANO "ALIANZA"
CAÑONEADO POR EL CRUCERO DE NUESTRA MARINA DE GUERRA "CONDE DE VENADITO"

Por otra parte, no es este uno de esos montones oscuros donde tantas fuerzas inútiles se gastan ó en donde se agitan envidias, egoísmos y despechos. Todos son amigos desinteresados y nobles; sólo se estrechan manos leales; no hay orgullos, ni rivalidades, ni envidias rastreras, ni es aquello como lo tituló el Ministro de la Gobernación—según me dijeron—“un nido de víboras” que calienta injurias y calumnias con objeto de agobiar de ignominias el nombre del ausente. De tejas abajo, la verdad, no hay acontecimiento sensacional que pase inadvertido y sin su cola larga de comentarios por aquellas mesas; pero no son los comentarios sangrientos ó destilando hiel, esos comentarios cobardes de emboscada, los que allí se estilan, no. No hay campo en esa reunión para la infamia: se hila más delgado, es decir, caballerosamente.

El chiste es entre españoles una necesidad; el chiste sano se entiende; en este café las bromas son algo así como un bombardeo que á veces toma proporciones de batalla colosal: un extraño creería de fijo que de tales alborotos iba á surgir un duelo á muerte, . . . nunca llega la sangre al Manzanares. Y es tan exacto todo cuanto escribo, que al día siguiente del estreno de *Nieves*, drama de Ceferino Palencia y en momentos en que se iba á poner el drama sobre la mesa de disección, entró á la Cervecería Ramón Tubau, cuñado del autor, y entonces uno se puso de pie y le gritó:—¡Ramón, no entres, que vamos á hablar mal del drama de Ceferino! . . .

A ratos y á días se presentan por aquellos contornos como de visita, Leopoldo Cano, el poeta siempre inconforme, pero siempre buen amigo; Antonio Sánchez Pérez, á quien llamamos “el maestro”; Eduardo Bustillo, persona inofensiva que sólo tiene el defecto de andar preguntando á todas horas si han leído su artículo de *La Ilustración*; López Ballesteros, ex-americano y ex-redactor de *La Correspondencia*, dos cosas que constituyen una sola desgracia; Buhíguez, un carlista de palmo y medio capaz de comerse crudo al mismo Salmerón; Domingo Blanco, el más activo *reporter* de *El Imparcial* y otros muchos que entran y salen maldiciendo del café y luego “reinciden” como si aquel sitio tuviera imán y ellos no pudieran sustraerse mal de su grado á la tirana imposición. Unos van con el pretexto de ver á fulano;

otros para hacer un encargo; por el café nunca; aquel café es recurso y hay que beberse de un trago. Mas para encargos ó para lo que sea, es lo cierto que todos entramos á lo mismo de siempre: á conversar, á poner como chupa de dómine al prójimo y á seguir las chirigotas hasta las tres ó las cuatro de la tarde, sin que nadie muestre prisa porque se toque á retirada. El que quiere se va y vuelve ó no vuelve, ó hace como Zahonero, que entra siempre “de lance,” haciéndose el loco; aquí dice una majadería filosófica y allá la emprende á cachetes con la lógica.

El hombre hosco, el ceñudo, el grave, el formal ó el que por demasiado formal toma la vida por lo serio, huye de estos lugares, donde suena como trueno jovial la carcajada y como un canto siempre sonoro la alegría.

La Cervecería Suiza es una puerta que se abre al periodista extranjero; y como detrás de esa puerta no se halla la envidia, ya se puede asegurar que se tiene *compañeros* y la palabra “compañero” es en Madrid como la de “camarada” en París—según Eusebio Blasco—*sagrada*: sólo que ese título no autoriza en la tertulia la lectura de poesías y otros excesos literarios.

Menuda bronca que le armamos á quien tales cosas pretenda. En cuanto alguno intenta dar lectura á un trabajo literario, todos se le echan encima.

—¡A leer versos al Ateneo!

—¡Aquí no se leen versos!

—¡Fuera el lector!

Y el abroncado sin llevarlo á mala parte, se sienta y pasa el momentáneo sofoco entre sorbo y sorbo de café.

Ahora que emprendo un nuevo viaje, comprendo la nostalgia. Y mañana, cuando vencido por el cansancio de otra gran ciudad de Europa, entre un mundo de gente desconocida eche una mirada hacia este Madrid de mis pecados, lo primero que habré de recordar es la Cervecería Suiza: los chistes de Taboada, los gritos de Dicenta, la seriedad cómica de Pons. . . . Por eso quiero ya, antes de partir, regresar pronto á Madrid; por eso. . . y por lo otro: lo otro permitirán ustedes que me lo reserve.

Madrid, 1895

MIGUEL EDUARDO PARDO

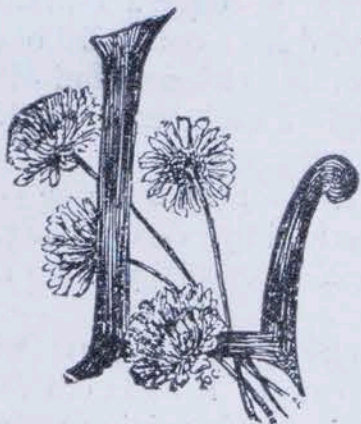


AMPARO ORBE



A. LOPEZ COLOMA

Crónica



A trivial alegría cede el paso á la honda y serena meditación. Callan por unos días los ecos de bullicios mundanales para dejar al pensamiento interesado en la cristiana evocación de la trágica leyenda del Gólgota, en aquella sublime epopeya escrita con sangre sobre los maderos de una cruz.

Llegan los días de la Semana Santa, y á las fiestas profanas de todo el año suceden las solemnidades religiosas de unas cuantas horas. Hay un solo espectáculo: la historia de la redención, que el ritual católico manda celebrar en los templos; y hay también una sola

festividad: las retretas sacras, que la tradición habanera acostumbra efectuar en el parque.

La crónica es una página que muere durante toda una semana. Habrá para ella su resurrección, cuando también á los gritos de aleluya y á los toques de las campanas se conmemore el eterno y luminoso triunfo de la Fe sobre la enconada y horrible barbarie de las edades difuntas.

Mientras tanto, ya abierta la crónica con la imperiosa nota de actualidad, dirijamos la pluma á través de la serie de asuntos que han ocupado la atención de nuestra sociedad en el curso de estos últimos días.

De Milán nos ha venido una noticia que debemos sentir: la muerte de Luis Felipe Bertemati á causa de la *influenza*.

Yo lamento doblemente esa desgracia: por mi estimación personal á Bertemati y porque con él desaparece un artista que hubiera enaltecido á su país.

Conoci á Bertemati á mi entrada en la Universidad. Era uno de los tantos que frecuentaban el célebre grupito que se formaba alrededor de la histórica *pila* que hizo desaparecer el Dr. Lastres tan pronto como tomó posesión del Rectorado.

En pos de maestros marchó Bertemati á Italia y allí ha permanecido algunos años, teniendo varias veces por compañeros á Ramiro y á Alberto Soler. Cuando nos congratulábamos de sus triunfos en *Mignon* y *Romeo y Julieta*, alcanzados ante auditorios inteligentes, viene á sorprendernos la noticia de haber muerto en plena juventud y en el albor de su carrera el infeliz, el malogrado artista.

El verano se aproxima á paso rápido y ya empiezan los preparativos de temporada.

En San Diego y en Isla de Pinos aumenta por día el número de bañistas. Madruga espera la restauración de sus baños para abrir de un momento á otro la temporada, que por lo visto conservará la misma animación de años anteriores, toda vez que por las facilidades del viaje, la excelencia de las aguas y las comodidades del lugar ha tenido siempre este pintoresco balneario la preferencia de muchas familias distinguidas de la capital y de Matanzas.

Santa María del Rosario ha inaugurado—pronto y muy bien—su temporada de baños.

Yo he visitado este pueblo por primera vez el jueves, y de ese viaje ha quedado en mi ánimo un recuerdo muy agradable por el aspecto tan simpático de sus calles y casas y por su situación tan poética, rodeada de extensos valles y elevadas colinas.

Aunque llevaba contadas las horas de mi permanencia en Santa María, tuve ocasión para verlo y saberlo todo. Los baños—cuya bondad ha sido proclamada siempre—se encuentran situados al pie de empinada loma y en el local de los mismos se están llevando á cabo reformas muy ventajosas.

Esas reformas se realizan también en muchas casas, que han sido pedidas por familias habaneras que acostumbran á pasar el verano en la legendaria "ciudad condal."

Por la tarde, mientras estuve en el portal del hotel, vi pasar á varias señoritas que me son muy conocidas. Una de ellas, Juanita Ruiz, la bella y graciosa hija del importante banquero de esta ciudad, cuya familia acaba de trasladarse á Santa María.

Más, muchas cosas más me prometo contar de Santa María del Rosario porque allá me dirijo, anhelante de sosiego, aire puro y cambio de vida, para pasar estos monótonos días de Semana Santa.

Millán Astray ha probado que el sentimiento poético, cuando es puro y florece en el alma, no se debilita ni se agosta aunque se viva en el continuo y prosaico bregar de los expedientes administrativos.

El aplaudido autor de *Luchas eternas*—cuyo retrato publicó EL FIGARO en su anterior número—ha escrito en el álbum de la blonda y simpática señorita María Luisa Cabrera esta blonda página:

A MARIA LUISA

Tú eres el sol que nace,
yo, el sol que muere,
tú, flor de los jardines,
yo, flor silvestre.
Tú sueñas con venturas
yo nada sueño!
tú vives de esperanzas,
yo, de recuerdos.

Jamás te he conocido,
pero me han dicho
que Dios puso en tu cara
divino hechizo.
Que eres rubia, y á las rubias
mucho las quiero,
que rubios son los ángeles
que hay en el cielo.

7. Millán Astray.

Mi elegante y queridísimo amigo, al par que uno de mis compañeros más estimados en el periodismo, el Sr. Antonio del Monte, acaba de recibir de París las dos siguientes misivas que copio á continuación:

"Madame Edmund Hyatt, Madame J. del Monte ont l'honneur de vous faire part du mariage de Mademoiselle Flora del Monte, leur petite-fille et fille, avec le Comte Franz de Pellán.—Paris, le 19 Février 1895.—Avenue Victor Hugo."

"Le Comte et la Comtesse de Pellán ont l'honneur de vous faire part du

mariage du Comte Franz de Pellán, leur fils, avec Mademoiselle Flora del Monte.—Paris, le 19 Février 1895.—19, Avenue Victor Hugo."

Dos palabras ahora acerca de la novia. Flora del Monte, enlazada por los vínculos del parentesco con la distinguida familia que lleva ese apellido en nuestra buena sociedad, es una bella, elegante é inteligente norte-americana. Con una educación completa, su elevada posición la ha favorecido con todos los elementos para poder cultivar en los años que ha residido en París, alrededor de una sociedad escogidísima, sus hábitos y sus preferencias de una refinada perfecta.

En ese mundo culto y elegante es donde ha conocido al joven Conde Pellán, perteneciente á la aristocracia francesa, con quien acaba de desposarse en la fecha que fijan las transcritas tarjetas.

Para terminar diré que la señorita del Monte es hija del Sr. D. Joaquín del Monte, ministro que fué de Santo Domingo en los Estados Unidos y después, comerciante en New-York, que contrajo matrimonio con Miss Julia Hyatt, dama de alto rango en la sociedad neoyorkina.

Ocupa el "*Parzival*" entre las *Perfumerías* el mismo puesto que ocupa entre las *obras musicales* por más que los efectos de ambas. *Música* y *Perfumería*, son los mas contrarios: la *Música* del "*Parzival*" es la más seria, es entre las clásicas la mas clásica y la *Perfumería* del "*Parzival*" ó digamos la forma en que se nos presenta es toda alegría—encanto á primera vista.

El Sr. D. Wiliam Rieger, fabricante de la Perfumería "*Parzival*" es proveedor de

Su Majestad la Reina de España

Su Majestad la Reina de Portugal

Su Majestad la Reina de Italia,

sus productos han sido premiados en todas las exposiciones del mundo y últimamente en la de *Chicago* con el diploma siguiente:

"Por el más alto grado y superior excelencia de las preparaciones exhibidas; por la delicadeza y permanencia del perfume; por el elegante estilo y la belleza con que han sido presentadas."

En toda la semana que viene quedarán repartidos entre las principales tiendas de la Habana unos *estuches regios* conteniendo un surtido completo de la Perfumería "*Parzival*". Mientras tanto dirigirse á los señores *Uriarte San Martín y Comp.*—San Ignacio 70 y de don E. *Aufan*, perfumería "*La Australia*". Obispo 31.

Se habla de algunas fiestas para el domingo de Resurrección.

Entre ellas, el baile del *Casino* y la *matinée* de la *Sociedad del Vedado*.

Esta *matinée* promete ser una fiesta brillante, ya que el simpático círculo se ha hecho la sociedad de moda entre nuestra más distinguida juventud.

También esa noche habrá una selecta reunión en casa de la distinguida familia de Solberg. En un teatro, preparado al efecto, se representarán: el tercer acto *Mlle Nitouche*, y las zarzuelas *Caballero particular* y *Suma y sigue*.

Correo de bodas.

En este mes se celebrarán las de la señorita María Ignacia de Cárdenas con el señor Pedro Herrera, y las de la señorita Lolita Barrera con el señor Leopoldo Gomez, que ha llegado en estos días procedente de Chile.

Antonio Ceballos—mi estimado amigo particular—ha pasado por el hondo dolor y la irreparable pena de perder á su hijo Raoul, cifra de todos sus encantos.

El señor Ceballos, tan pronto como recibió la noticia, emprendió viaje á New York, para llorar, en el desolado hogar de los suyos, la ausencia eterna del amadísimo Raoul.

Mi pésame sentidísimo al inconsolable padre.

Para terminar, una noticia agradable:

Es seguro que el *Habana Yacht Club*—inaugurará este año la temporada con una gran *matinée*.

ENRIQUE FONTANILLS.

MATANCERAS

Victima de una larga y penosa dolencia, ha fallecido en ésta el señor Roberto Sánchez y Zambrana, miembro de una distinguida familia, á la que enviamos la expresión de nuestro profundo sentimiento.

Según acuerdo de la Junta Directiva, el *Liceo* no ofrecerá este año el tradicional concierto sacro.

Probablemente hoy, el benemérito cuerpo de Bomberos del Comercio, hará una espléndida manifestación á su nuevo y entusiasta jefe señor Leicea, á la que asistirá todo el material y la banda de María Cristina.

Hoy domingo celebrará una junta la Cruz Roja, para acordar el día de la inauguración de su estación sanitaria.

El martes recibieron á sus numerosas amistades las bellas y simpáticas señoritas Valera en su nuevo domicilio Manzano 52.

También el miércoles estuvo muy concurrida la sala de nuestra particular amiga la señorita Ana R. Estorino.

Muy en breve, un conocido letrado unirá su destino al de una bella señorita de esta ciudad.

Se ha transferido la junta general que debía verificar hoy la sección de literatura del *Liceo*.

MARIO.



JOSÉ MARTÍ



Fotografía de Suárez

ALFREDO ARANGO



JOSÉ MIRÓ ARGENTER



VEGA Y RIO DE BAYAMO



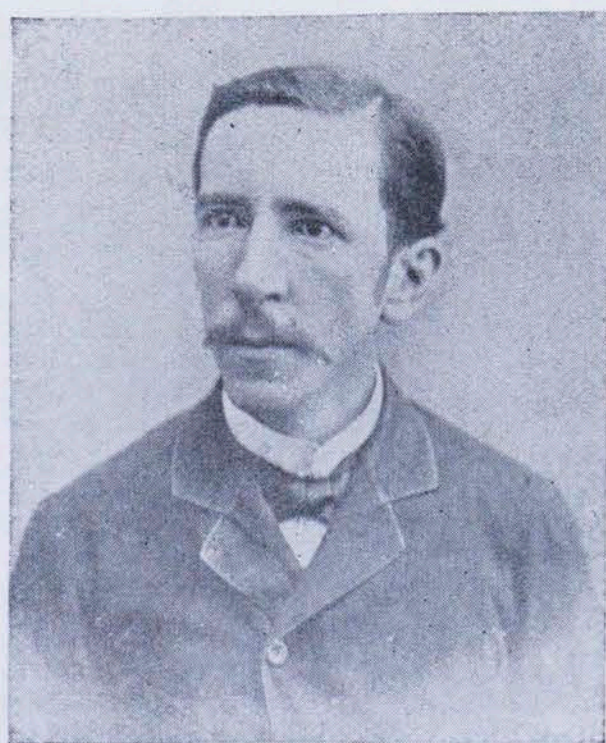
JUAN G. GÓMEZ

Fotografía de Maceo.



ANTONIO MACEO

Fotografía de Suárez



EDUARDO YERO

EL ALTAR



ASI puede decirse que la familia de los Uriarte era, allá por el año 1873, la más rica de la comarca en que se asentaba el pueblecito de Minera, con el cual conviniere bautizar uno muy conocido y hoy muy próspero, situado en la región del Camagüey. No obstante los espantos y trastornos de la guerra que asolaba entonces á aquel departamento, Minera manteníase en la más dulce paz, como olvidada en el fondo de aquel vallecillo que cerraba su horizonte y á través del cual veíanse á veces los rojizos reflejos de la lucha y escuchábanse debilitados sus estruendos,

todo lo que no hacía sino acentuar el reposo del pintoresco retiro. Los Uriarte vivían con toda la desordenada esplendidez de las familias criollas que podían hacerlo por sus riquezas; nacidos y criados allí, bajo la férula del padre que no tuvo nunca otra sociedad que la de los campesinos á quienes explotaba comprándoles ganado, y junto á una madre débil y sumisa, abstraída por completo en el fanatismo religioso, no tenían otro ejemplo que el del ganadero muy complacido de ver crecer á sus hijos á su semejanza y poderles satisfacer todos sus caprichos. La casa en estas condiciones andaba como se dice al garete; pero como no faltaban buenas bolsas de pelucas, tales desórdenes no mostraban su lado repugnante, sino que parecían el natural dispendio de una familia á la que el dinero le sobraba. Eran los varones los más afamados lidiadores de gallos y las hembras las más graciosas danzantes del contorno.

Marido y mujer parecían haber roto el lazo de amorosa amistad que en los primeros años los uniera, no existiendo entre ambos, en la época que los conocemos, sino la correspondencia ceremoniosa que establece la costumbre, ese afecto vago que une débilmente á dos corazones no comprendidos y obligados á permanecer uno al lado del otro por respeto á las conveniencias sociales ó por miedo á los artículos del código. Tácitamente había cada cual convenido en seguir los impulsos de su carácter, con el convencimiento de que en esta vida estaban llamados á cumplir destinos muy opuestos. El se entregó á sus negocios y á las expansiones de su modo de ser ruidoso y botarate, cual correspondía á un adinerado campesino todavía relativamente joven, y ella, sin otro amor, ni otro halago, é inútil en su misión de madre, se ofreció toda entera al culto del fanatismo que siempre la había seducido, arrastrada por sus ciegas creencias de ignorante, su admiración y cariño hacia la Santa Virgen del Cobre que la había librado de una erisipela y salvado del mal á aquellos hijos que ahora no soportaban sus vejezes.

Todos en la comarca conocían el altar de la que entonces era á secas Domitila. De una peregrinación al santuario de la milagrosa virgen, llevada á cabo en su infancia, con motivo de una promesa de su madre, databa la fundación de aquel. Previo el permiso de la autoridad eclesiástica, fué levantado y bendecido con solemne pompa, y á su cuidado desde entonces consagróse con el fervor de la más cumplida religiosa, dedicándole las primicias de sus bordados, atrayéndole el culto de sus amigas, refiriendo un día y otro los prodigiosos milagros verificados por la santa y poniendo empeño en que la historia fuese de todos conocida. El altar empezó á llenarse de ofrendas; la adorada virgen devolvió la dicha á más de una afligida madre, el sosiego al corazón de algunas novias intranquilas; hizo descender benéficas lluvias sobre las cosechas que ya quemaban sequías persistentes, y en su urna de cristal, entre joyas y sedas, y á la luz eterna de sus cirios, sonreíase esparciendo por el contorno sus bondades. En verdad que imagen alguna vióse tan ricamente alhajada. Las onzas de oro convertíanse para ella en medallas, y las espléndidas gargantillas dejaban de adornar los pechos, para colgar de sus brazos que extendía echando bendiciones. Multitud de piedras preciosas chispeaban prendidas á su manto de seda. Macisas ajorcas de oro y plata ceñían sus pies y sus muñecas. Y esta rica joyería resaltaba sobre la inmaculada blancura de los manteles. Toda una costosa vajilla de plata se fundió para ofrecerla un par de candelabros: poco á poco las prendas de la fanática joven pasaron de su escaparate al altar, en donde era todo seda y batista, oro y plata, turquesas y brillantes. Alzabase el ara en la habitación de Domitila. Su vida estaba como saturada del olor mareante de la cera y el incienso, sus mejillas adquirieron el pálido color de los cirios, sus ojos adormidos parecían seguir el duelo del alma de la imagen en su rumbo al infinito, prestando todo ello un frío y nuevo encanto á su trigueño rostro de camagüeyana.

A los diez y nueve años contrajo matrimonio; y entre los grandes cofres que guardaban la ropa blanca, la tallada cama de caoba y el macizo armario de cedro, regalo de boda de sus padres, colocóse el altar en la carreta que hacía la mudanza de la una á la otra casa, y fué como una especie de procesión el paso de la milagrosa imagen por todos los sitios de los alrededores. No faltaba más que el glorioso repique de las campanas: postrábanse ante ella, algunos besaban el carril trazado por las ruedas, llovían las bendiciones, las madres subían en hombros á sus hijos para mostrarles la sagrada virgen á quien debían su salvación muchos de ellos, tejíanla ramos vistosos de frescas rosas y se disputaban el honor de ofrecérselos, y detrás, radiante de gozo por el fervor que á su santa rendían todos, la joven desposada iba en su quitrín tan orgullosa como un obispo de la unción de su diócesis y sonriente en medio de aquella espléndida mañana.

La vida de los conyuges siguió su curso natural, obedeciendo al carácter de cada uno de ellos; vinieron los hijos que no hicieron más que exacerbar el fanatismo de la madre, y entre la indiferencia de la una por todo lo que no fuese su altar, y los abandonos del otro por lo que no respondiese á su carácter expansivo y á su absoluta descreencia en materias religiosas, la que debió ser familia cristiana íbase lentamente convirtiendo en una anárquica república, donde seguía cada cual los impulsos de sus libérrimos deseos. Dábales franquicias la riqueza y autorizábanlas la desunión de los padres. Los varones, sin otros principios que los que pueden adquirirse en un medio como aquel en que se habían desarrollado, acabaron por encarnar el tipo del campeño pródigo, que así se juega el producto de una cosecha á la pata de un gallo, como por adquirir un potrero de buena planta, vende al precio que le ofrezcan la mejor parte de su terreno, y las hembras, solicitadas por coburgos de platanal, no vacilaron en entregarles sus corazones, muy satisfechas de haberles inspirado amor, cuando tantas otras de sus compañeras veíanse en la necesidad de unir sus destinos á hombres rudos como los terrores que rompían con las rejas de sus arados.

Dispersos unos y casados otros, la casa paterna no tardó en quedarse sola, con aquellos dos viejos indiferentes cuyos espíritus tendían el vuelo á regiones tan distintas. Sumida en la adoración de su altar, doña Domitila no tuvo ocasión de comprender nunca el rumbo por que se encaminaba la casa, y así la cogió de sorpresa la muerte de su esposo, y el cúmulo de deudas que sobre ellos cayó cuando sin las consideraciones al jefe, prestamistas calculadores se le echaron encima reclamando sus derechos y la realidad de las cosas se le mostró desnuda y despiadada.

Reunióse la familia en solemne consejo. El primogénito determinó al instante lo que debía de hacerse, y todos inclinaron la cabeza y aceptaron sus determinaciones. Se repartieron los bienes; se vendió la mejor parte de la finca, y en la vasta posesión cayó una bandada de aves de rapiña que lo transformó todo, sin conceder á los despojados más que el derecho de asomarse á las cercas y contemplar el reparto y la conquista de lo que fué suyo. Tocóle á doña Domitila la casa y una caballería de tierra; pero con una hipoteca encima por el tres cuarto de su valor y sin otros auxilios que el de sus explotadores, poco tuvieron éstos que esforzarse para que ella comprendiese que estaba allí de más. La familia de los Uriarte, por esta época, se había desparramado á los cuatro vientos: la pobre fanática abandonó el último palmo de tierra que conservaba, y gracias á la benevolencia de uno de sus acreedores pudo ir á refugiarse en un miserable *bohío*, llevando á rastra su altar.

Triste contraste el que ofrecía este traslado que se verificaba en una carreta destartada y á la luz borrosa del crepúsculo, con aquel que en medio de los esplendores de una mañana habíase verificado veinte y cinco años antes. No se ocultaba ni á los más despreocupados la diferencia. La milagrosa imagen conservaba aún todos sus tesoros—ni la cuenta de un rosario menos—pero eran muy otros los reflejos en que esta vez bañábanse sus joyas y su manto, muy otras las circunstancias, muy otra la carreta, sonando á podrido y á roto, y la triste mujer, flaca y vieja, que se aferraba con ambas manos á las estacas del vehículo, para defenderse de las sacudidas de los baches. Como en aquella ocasión, inclinábanse á su paso los viejos adoradores de la imagen; pero había en su unción mucho de lástima para la pobre mujer á quien en otro tiempo casi confundían con la virgen. Mezclábanse á sus oraciones frases de conmiseración, y cuando el altar hubo pasado, en todas las almas el cuadro triste que acababa de cruzar por el camino dejó un recuerdo amargo y una desconsolada sensación de lo que es la vida, tan varia y caprichosa.

Domitila refugióse con su altar en la miserable cabaña. Y no porque se hallase sola y hubiese descendido á la más extrema pobreza, su fervor disminuyó en lo más mínimo: muy por el contrario, la imagen tuvo entonces en la pobre anciana abandonada una inseparable compañera, una esclava humilde sin un resto de altivez; el corazón y el alma de Domitila colgaban de la urna santa, como otras de las tantas joyas que chispeaban á la temblante luz de los cirios. Días enteros violó la muda virgen, cuyos ojos parecían pasearse indiferentes sobre la llanura infinita en que sufren y mueren las almas, permanecer insensible á los pies del retablo, murmurando una oración eterna: algunas noches, el alba filtrándose á través de las resquebraaduras del *bohío* fué á besarle las canas, recordándole, que aunque pobre, era más blanda la lona de su lecho que las maderas del entarimado sobre el que se levantaba el tabernáculo. Allí fueron á buscarla los recuerdos de su próspera niñez; el hambre allí la encontró, y allí trataron de sorprenderla sus hijos, para arrebatárle los últimos restos de la fortuna disipada.

Esto sucedió una tarde.

Ya era fama en el pueblo que la loca infeliz se moría materialmente de hambre ante los tesoros de su altar. Sus dos hijos mayores se llegaron á la cabaña, y ella los recibió con recelo, cubriendo el hueco de la puerta con su raquítico cuerpo.

—¿Para qué me queréis?—les dijo.

—Madre—le respondieron—os estáis matando inútilmente delante de una fortuna que os pertenece.

—Pues porque es mía, hago de ella lo que quiero.

—Dejadnos entrar.

—¿No entraréis?

—A nosotros también nos acosa la miseria.

—No tenéis que hacerme cargos. Os he dejado en entera libertad, y habéis dispuesto de todo á vuestro antojo: os habéis repartido la fortuna de vuestro padre y de vuestra madre: ya no tenéis del cielo abajo más que mis huesos.

—La más pobre joya de vuestro altar es suficiente para salvarnos y salvarnos de la miseria.

—No tocaréis ni aun el paño sobre el que descansan esos tesoros.

—¿Madre!

—¿Hijos!

—¿Loca!

Y entre los dos, forcejeando, la quitaron del medio y penetraron en la choza.

La anciana reunió todas sus energías, y magnífica, sublime, como lo hiciera el mismo Dios defendiendo su iglesia, puestos los brazos en cruz, colocóse delante del altar y les gritó:

—Seréis malditos por vuestra madre y por la santísima virgen, si tocáis el polvo de este altar.

Sus hijos retrocedieron.

—Madre—dijo el mayor desde la puerta—vuestro nietecito no tiene zapatos que ponerse....

La vieja le respondió:

—El camino del cielo no tiene guijarros....

La loca se quedó sola.

Una hora después las fatigas del hambre la hicieron caer desfallecida ante la veneranda imagen. Arriba todo era luz; los cirios arrancaban vivos centelleos de las piedras preciosas y de la seda que cubría á la virgen. Abajo, toda era sombra: sobre la tierra inmundada de la cabaña el hambre clavó su daga en el corazón de la que fué esposa del acaudalado Uriarte.

Tal los esplendores de la celeste gloria se difunden allá arriba, sin fuerza bastante para atravesar las sombras de este bajo mundo, en donde la humanidad lucha, se ofrece inútilmente en holocausto y vencida muere de hambre y sed de justicia.

Abril, 1895.

FEDERICO VILLOCH.